

cula en su espíritu la convicción íntima de que si ha perdido su destino y con él los medios de subsistencia, ha sido por haberlo sacrificado todo á la pobreza, á la orfandad ó al desamparo que la iniquidad queria arrollar, y esta es una satisfacción gratisima con la cual apenas podrá compararse nada en el mundo. «Gozo es al justo la justicia, y «susto á los que obran la iniquidad (1).»

Si al perfecto cristiano se le despoja inícuamente, él se consuela alzando su vista al cielo, donde está su verdadero tesoro que nadie le podrá arrebatarse (2). Si inocente se le precipita en los calabozos y en las prisiones, él bendice y besa alegre una cadena de hierro que espera ver convertida en corona de oro incorruptible. Si víctima quizás de la envidia, ó bien porque estorba para la iniquidad su virtud, como aquel de que habla el inícuo (3), se le destierra de su patria, él contesta como en otro tiempo san Basilio á Modesto, prefecto de Oriente: «Toda la tierra es para mí un «destierro,» é instintivamente eleva sus ojos al cielo donde está su patria verdadera, en la cual no podrán estorbarle la entrada sus perseguidores, ayudándole por el contrario con su comportamiento tiránico á subir á ella.

Ved aquí, pues, cómo las persecuciones cuando son injustas hacen al hombre dichoso aun en medio de ellas, por los consuelos y satisfacciones que le fructifican, por la calma inalterable en que le abisman, y por las hermosas esperanzas que le hacen concebir. Muy diversa seria su suerte si fuesen justas estas persecuciones, porque entonces demostrarían que era delincuente, y á ningún culpable es dado ser feliz (4), porque el delito arrebatando al corazón el reposo, y llevándole el terror y el remordimiento, es incompatible con el bienestar y la dicha (5). Por eso advierte san Jerónimo: «De propósito añadió (Jesucristo) *por la justicia*, porque muchos padecen persecucion por sus delitos y no son «dichosos (6).»

Pero ¡ay! que también esta bienaventuranza habla úni-

(1) Prov. XXI, 15.

(2) «De quo pelli non possit.» (S. Aug. *in hoc loco*, pag. 2).

(3) Sap. II, 12 et seq.

(4) «Etiam si cætera quæ putantur effugerit.» (Cic.).

(5) «Suam quemque scelus agit.» (S. Aug.).

(6) «Signanter addidit *propter justitiam*. Multi enim persecutionem «propter sua peccata patiuntur, et non sunt justii.» (Ibid.).

camente con los creyentes, con los virtuosos, con los verdaderos cristianos, con los que esperan el resarcimiento, la indemnización y la recompensa, con los que se consideran, como en realidad son, fugaces pasajeros en la tierra. De ellos es esta bienaventuranza exclusivo privilegio. Ella no alcanza á esos infelices gentiles y sofistas perversos que no viendo más allá de la tumba nada que indemnice, resarza ni premie sus dolores y sufrimientos, en vez de ser con ellos dichosos, ó suavizarlos y mitigarlos como el cristiano, no abrigando ninguna esperanza se acibararán sus lágrimas y se recrudescerán sus penalidades, viniendo á terminar tan triste vida una muerte horrorosa. ¡Y ha habido hombres en el mundo, y en el corazón de la Europa civilizada y cristiana, que han dicho «ser el mayor amigo del «género humano el que consiguiese desterrar la fatal idea «de un Dios, ó disminuir sus terribles influencias (1)!» Y en el centro del Cristianismo resonó este eco de Lucrecio.

Examinaremos ahora los catorce principales beneficios que nos dice el Catecismo católico podemos dispensar á nuestros semejantes en su cuerpo y en su espíritu, y que son otras tantas virtudes que tienen por objeto al prójimo, ramas preciosas todos ellos del tronco celestial de la caridad. Con esto hemos nombrado las obras de misericordia.

CAPÍTULO IV.

OBRAS DE MISERICORDIA.

«¡Cuántas obras de misericordia ha hecho el Evangelio, «exclama precisamente un enemigo del mismo (2).» Una religión que como la de Jesucristo se reasume perfectamente en esta hermosa trinidad, — abnegación — compasión — caridad, — no puede dar un paso ni volverse á ninguna parte sin que socorra una miseria ó enjague una lágrima. El desgraciado que acercándose con fe animosa al Evangelio toca sus suaves resortes, queda en el mismo instante perfectamente tranquilo y consolado, así como desaparecían al momento el dolor y las enfermedades de aquellos que con

(1) El autor del *Sistema de la naturaleza*, citado por Bergier, *Diccionario de teología*, artículo *Incrédulo*.

(2) Rousseau, *Emilio*.

igual fe tocaban siquiera la orla del vestido de su Autor divino.

«La religion cristiana, dice Chateaubriand (1), establecida para nuestras miserias y para las necesidades de nuestro corazon, es esencialmente tierna y melancólica. Presenta-nos siempre al hombre como un viajero que camina por un valle de lágrimas, y no descansa sino al llegar á la tumba. «El Dios que ofrece á nuestra adoracion es el Dios de los desgraciados; él mismo padeció tambien, los niños y los débiles son los objetos de su predileccion, y ama á los que lloran.»

«Mirad, mirad, exclama este autor (2), esos retiros de-nominados de la caridad y de los peregrinos, de los agonizantes y de los sepultureros, de los locos y dementes, huérfanos, expósitos, etc., y tratad si es posible de encontrar en la larga enumeracion de las miserias humanas una sola dolencia del alma ó del cuerpo para la cual no haya fundado la Religion su casa de alivio y consuelo y su hospicio.» «Imagínese un hombre el género de miseria que se le antoje, piénselo como quiera, y nosotros afirmamos con la mayor seguridad que la religion (cristiana) ha adivinado su pensamiento y preparado el remedio (3) (*).»

«Nada mas fecundo en recursos que el Catolicismo,» dice nuestro inmortal Balmes, menos poético que el apologista francés, pero mas exacto, filosófico y profundo, «en presentándose una necesidad, si se le deja obrar libremente

(1) *Carta á Mr. Fontanes.*

(2) *Genio del Cristianismo*, parte 4, lib. III, cap. 3.

(3) «Uno verbo, omnium indigentium curam suscipit.» (S. Just. *Apolo-g. I*, num. 67).

(*) «Para formarnos una idea, advierte muy oportunamente este escritor, de la inmensidad de estos beneficios del Cristianismo, debemos figurarnos á la cristiandad como una vasta república, donde todo lo que contamos de una parte de ella está pasando al propio tiempo en otra. Así es que cuando hablemos de los hospitales, de las misiones, de los colegios de la Francia, es menester representarse tambien los de Italia, España, Alemania, Rusia, Inglaterra, América, África y Asia. Es necesario ver á doscientos millones de hombres á lo menos, entre quienes se practican las mismas virtudes y se hacen iguales sacrificios; es necesario recordar, en fin, que hace mil ochocientos años que existen estas virtudes y que se repiten los mismos actos de caridad. Calculad ahora, si no se confunde vuestra imaginacion, á cuánto ascenderá el número de individuos socorridos é ilustrados por el Cristianismo entre tantas naciones y durante una serie tan larga de siglos.» (*Ibid.* parte 4, lib. VI, cap. 2).

«excogitará desde luego los medios mas á propósito para so-correrla... Con los ojos fijos en el cielo, no se olvida la religion católica de que está sobre la tierra, de que trata con hombres mortales, sujetos á calamidades y miserias; con una mano le señala la eternidad, con la otra socorre sus infortunios, alivia sus penas, enjuga sus lágrimas. No se contenta con palabras estériles: para ella el amor del prójimo no es nada, si no se manifiesta dando de comer al hambriento, de beber al que tiene sed, cubriendo al desnudo, consolando al afligido, visitando al enfermo, aliviando al preso, rescatando al cautivo... Así es que sus pensamientos procura realizarlos por medio de instituciones benéficas, fecundas, distinguiéndose en esto de la filosofía humana, cuyas pomposas palabras y gigantescos proyectos contrastan miserablemente con la pequeñez, con la nada de sus obras (1).»

¿Nos presentan en esto un cuadro tan hermoso y sorprendente las religiones protestantes y los sistemas filosóficos?

¡Ah! aquí no hay sino insensibilidad, dureza, amargura, horror y desolacion! Dejemos que los mismos protestantes nos digan de qué modo se practicaron ya entre ellos las obras de misericordia. ¡Pero si al menos se hubieran practicado las de justicia!

«Nosotros los protestantes, decia Andrés Muskulus (2), fogoso campeón de Lutero, *hemos cambiado hasta nuestras disposiciones naturales, hasta nuestra propia naturaleza; así es que somos humanos, benéficos y caritativos los unos con los otros poco mas ó menos como las bestias feroces en los bosques; nadie se interesa ya por su prójimo; nadie ama mas que á sí mismo ni cuenta mas que consigo, y hay motivo para dudar si ha quedado todavía en nosotros una sola gota de sangre verdaderamente humana.*» Un católico no hubiera podido expresarse así sin creerle muy exagerado y lleno de animosidad y odio profundo á la Reforma. Por lo demás, ella no ha degenerado mucho de su primitiva indole, ni ha ablandado gran cosa sus entrañas de bronce.

Además del precioso cúmulo de doctrinas que le presenta

(1) *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion de Europa*, cap. 44.

(2) Citado por Mr. Augusto Nicolás, *Del Protestantismo y de todas las herejías*, y el P. Ventura de Ráulica en sus *Conferencias*.

su Religion para volverle compasivo, virtuoso y feliz, el católico halla en su Catecismo consignadas una por una las principales obras de misericordia que la misma Religion le hace recitar y encomendar á la memoria desde la niñez, para que las practique desde la adolescencia, y para estimularle á ello le ofrece un premio tan grandioso como eterno.

Esta Religion sabe que el hombre es un compuesto de cuerpo y de espíritu; esta Religion sabe que por su primitiva prevaricacion quedó tan lisiado é indigente el uno como el otro, y en su virtud depara al hombre iguales socorros y alivios para ambos; socorros y alivios que circundan y abrazan toda su vida material y espiritual desde la cuna al sepulcro. Por ellos lo tiene todo su cuerpo, desde los paños de sus envueltas hasta el sudario de su mortaja. Por ellos lo tiene todo su espíritu, desde la luz que le ilumina en esta vida hasta la plegaria por su eterno descanso en la otra. De nada se olvida y á todo ocurre el Cristianismo en sus ardorosos deseos de mejorar y de restaurar al hombre: *Instaurare omnia in Christo* (1).

CAPÍTULO V.

OBRAS CORPORALES DE MISERICORDIA.

«Para desentenderse de los pobres y desgraciados, dice «Chateaubriand (2), el Paganismo tenia dos medios de que «carecen los cristianos, á saber, la esclavitud y el infanticidio.»

El Cristianismo se presentó en el mundo curando enfermedades y dolencias, y consolando aficciones, y harto claramente quiso dar á entender con esto que uno de los fines de su mision era la solicitud y el cuidado por la humanidad doliente y afligida, á la cual dejaba el Paganismo carecer de todo (3). Su divino Fundador no se olvidó al enviar á sus discípulos advertírsele así (4), y Él mismo nos dejó dicho que la definitiva sentencia del hombre será dictada por la práctica ú omision de las obras de misericordia: en el pri-

(1) Ephes. i, 10.

(2) *Genio del Cristianismo*, parte 4, lib. VI, cap. 2.

(3) Juliano, *Epistola LXII á Arsacio*.

(4) Luc. x, 9.

mer caso gloria, en el segundo tormento eterno (1). El Apóstol ordena á su discípulo Timoteo «que no elija entre las viudas las que no se hayan ejercitado en todas las obras de misericordia, y que mande á los ricos que den y repartan frecuentemente (2).»

Atletas y héroes se levantaban donde quiera que iba estableciéndose el Cristianismo, los cuales sacrificaban sus comodidades personales, las fortunas y sus vidas en obsequio de sus semejantes, muriendo alegres en las guerras, en los contagios y en las mazmorras, si habian conseguido con sus heróicos esfuerzos vendar una herida, suministrar una poción, aplicar una medicina, ó ver contentos y libres á aquellos por quienes se ofrecieron á la esclavitud.

Así que llega la época del descanso y la paz para el Cristianismo; luego que la conversion de Constantino (*) le da existencia social, y puede en su virtud explayar libremente su accion, siembra el mundo de todo género de hospicios y hospitales, llamados del idioma griego xenodochia, orphanotrophia, nosocomia, prochorotrophia, gerontocomia, prophotrophia, segun que se destinaban á hospedar viajeros y peregrinos, á educar huérfanos, á curar enfermos, á alimentar pobres, á amparar ancianos, á lactar infantes, etc., establecimientos tan admirados como envidiados del apóstata Juliano, que en vano pretendia que su resucitado Paganismo imitara en ello á los cristianos. Estos establecimientos estaban por lo regular bajo la direccion de los presbíteros, como se refiere de san Isidoro en Alejandria en tiempos del patriarca Teófilo, y de san Zótico y san Sanson en Constantinopla.

Entre los innumerables monasterios y casas de canónigos regulares que en el Occidente principiaron desde el siglo VIII á levantarse, ni uno solo siquiera se edificaba, sin edificar á la vez á su lado cierto número de localidades para ejercer todos los ramos de la caridad y de la beneficencia pública. ¡Y hay quien no perdona en aquellos siglos á la Iglesia unas riquezas que se empleaban en esto!

(1) Matth. xxv, 34 et seq.

(2) I Tim. v, vi.

(*) Puede verse en la vida de Constantino por Eusebio Panfilo, obispo de Cesarea, como este piadoso Emperador alivió y socorrió á toda clase de desgraciados.